

América Latina frente a la Internacional Monetarista

Ffrench-Davis, Ricardo

Ricardo Ffrench-Davis: Economista chileno. Dirige la Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica (CIEPLAN) en Santiago. Autor, entre otros libros, de: Políticas económicas de Chile 1952-1970; Economía internacional, y El experimento monetarista; una síntesis crítica.

El problema de la inserción de los países en desarrollo - entre ellos los latinoamericanos - en la economía mundial enfrenta, en estos tiempos, una serie de dificultades y especialidades que no estaban presentes hace sólo unos años.

En función de ello, es que en este artículo se exponen algunos puntos relacionados con formas de inserción externa, de tipo selectivo, que permitan simultáneamente aprovechar los espacios dinámicos de la economía internacional y promover el desarrollo productivo de nuestros países. Se habla, pues, de una inserción selectiva funcional a las necesidades de desarrollo interno.

El punto es importante si se consideran las tendencias de la economía mundial. A diferencia de los años 60, las perspectivas para los próximos años hacen prever una continua estrechez de los espacios utilizables positivamente por los países en desarrollo.

La situación exige, con mayor prioridad que en el pasado, una reflexión acerca de los modos más eficaces de inserción selectiva, en contraposición con los discutibles enfoques de apertura indiscriminada.

Uno de los aspectos más perturbadores en el contexto vigente de la economía mundial es la reaparición de las tendencias neocolonialistas. El fenómeno se expresa como una mezcla perversa de incondicionalidades y condicionalidades, que están caracterizando la relación de los países en desarrollo con las potencias industriales del Norte, con la banca internacional, y con los organismos multilaterales de financiamiento.

Se trata de una situación contradictoria. Cuando se entra al terreno del "intercambio" de servicios, de la propiedad intelectual o de la inversión extranjera directa, el mensaje recibido desde el Norte apela a las bondades de un esquema de apertura incondicional en los países en desarrollo, que representa, en síntesis, la recomendación, y a veces la exigencia, de que los países en desarrollo funcionen con un esquema de apertura indiscriminada.

Tratándose de los préstamos de las entidades multilaterales y de los bancos acreedores, en cambio, la señal es exactamente la contraria. Todos sabemos que, en los años recientes, el volumen de préstamos obtenidos por América Latina es muy pequeño, y que la región ha estado realizando transferencias negativas en favor de los acreedores. Los préstamos brutos se gastan en pagar amortizaciones e intereses asociados a la deuda externa, que son notablemente mayores que los primeros.

Estos préstamos brutos están siendo crecientemente condicionados, no sólo en las dimensiones micro, sino también, y muy fuertemente, en las macroeconómicas. La tendencia que estaba presente en el FMI se ha extendido a otros organismos multilaterales de financiamiento como el Banco Mundial y aún en el Banco Interamericano de Desarrollo. Su resultado concreto se expresa en la configuración de un marco de condicionamientos cruzados, que dificultan a nuestros países la articulación de una estrategia de desarrollo nacional.

Un fenómeno reciente, que refuerza el efecto negativo de esta actitud, es la intensa presión que la banca acreedora, los organismos multilaterales y los gobiernos de algunas naciones industriales están ejerciendo sobre los países endeudados para que estos vendan una buena parte de sus activos productivos. El cuadro es inquietante, porque representa un giro en la manera de concebir el papel de la inversión extranjera. A diferencia del modelo tradicional, que admitía la inversión extranjera como un aporte al desarrollo de la capacidad productiva, el nuevo enfoque facilita la captura de algunos puntos o comandos centrales de nuestras economías que ya estaban creados o establecidos. El proceso es ciertamente más peligroso que la llamada "nueva dependencia" en los años 60, Así como es fácil

comprar activos existentes, en lugar de crear otros nuevos, así también es claramente discutible que una vez transferidas a manos extranjeras dichas actividades pasen a ser más eficientes desde una perspectiva nacional.

Las posibilidades de reacción frente a ese movimiento tampoco son sencillas. El proceso cuenta con asociados locales de los intereses metropolitanos, que generalmente disponen de mucha influencia. Por ejemplo, se ha desarrollado una red de intermediarios locales en los distintos países, de manera que las operaciones de compra de empresas nacionales por parte de transnacionales, cuentan con el apoyo de grupos internos. Los intereses que mueven a estos socios locales son desde luego económicos. Pero, adicionalmente, se advierte la presencia de un fuerte componente ideológico. Los agentes locales, que suelen adscribir al pensamiento de lo que podríamos llamar la Internacional Monetarista, aspiran a la instauración de ese modelo en nuestros países, y trabajan intensamente en pos de cambios estructurales en la sociedad y la economía, que lleven a su internacionalización. Sin duda, este enfoque está asociado al que sostiene que ha llegado la hora de la obsolescencia del Estado-Nación. Resulta chocante en extremo, al respecto, que sectores denominados "nacionalistas" sirvan de soporte a enfoques de esta naturaleza. La apertura indiscriminada al comercio exterior y la desnacionalización de las economías forman parte de los cambios que promueven. Al contrario, lo que se necesita es una inserción activa y selectiva en la economía internacional.

Carácter cíclico e inestable

Hay un segundo grupo de consideraciones, fundamentalmente relacionadas con las tendencias económicas y financieras de la economía mundial. La tónica general es su carácter cíclico, con gran inestabilidad y menor crecimiento que en los primeros decenios de posguerra.

En contraste con los registros relativamente estables del período 1950-80, la economía mundial de los años 80 ha exhibido un comportamiento mucho más cíclico e inestable. La volatilidad de las tendencias, que promete prolongarse a futuro, supera incluso la de un subperíodo, como el de 1973-80, que se estimaba turbulento en comparación con los dos decenios precedentes. La situación actual, y la previsible, comprenden la sobreposición de elementos cíclicos propios del mediano plazo con algunos ajustes característicos de los desequilibrios que se observan actualmente en la economía mundial, y que provocan gran incertidumbre. Tenemos un conjunto de grandes altibajos en las tasas de interés, en

los tipos de cambio, en el volumen y precios del comercio exterior, en las recuperaciones y recesiones de los distintos países.

El fenómeno de la inestabilidad coincide, además, con una economía mundial que, en promedio, exhibe magras tasas de crecimiento económico. En períodos relativamente largos, de cinco o diez años, se combinan fases de recesión y de reactivación, como las que hemos vivido en los últimos tiempos. En concreto, en promedio, el crecimiento de la economía mundial ha perdido ciertamente dinamismo. Como corolario de esa afirmación, está el hecho de que el comercio mundial ha debilitado su carácter de factor de arrastre - hacia el desarrollo - de los países que han confiado en él para superar sus crisis. A mi juicio, la situación exige cambios estructurales a tener en cuenta a la hora de prefigurar la mayor o menor eficacia de las estrategias alternativas para los países en desarrollo.

El cuadro se complica, porque no todos los agentes participantes están percibiendo y procesando de igual manera las mismas señales. Gran parte de las olas de optimismo que han aparecido - y desaparecido - en el curso de estos años, reflejan un conflicto importante en la apreciación de los elementos que están en juego en una realidad compleja. En general, se constata que los agentes dominantes no han reconocido que estamos en un mundo distinto al del período 1950-80, y con más rasgos negativos. Más aún, esa visión sobre-optimista parece ser compartida por una gran cantidad de agentes influyentes en nuestros países. ¿Cuántas veces, por ejemplo, se ha repetido que ya viene la recuperación del acceso al crédito bancario voluntario y un nuevo dinamismo comercial?

Esta esperanza es, a lo menos, contradictoria con el comportamiento objetivo de una economía internacional que ha tenido ya durante tantos años un desempeño muy distinto e inferior al que exhibió en los treinta años que precedieron a esta década.

¿Cómo explicarse, entonces, estas periódicas rachas de optimismo? Sólo gracias a una mezcla de buenas y malas noticias, situación natural en un marco de continuos altibajos. Hay un aprovechamiento desproporcionado de las "buenas noticias" por los agentes dominantes en los años recientes. Dicha actitud - cuya contrapartida implica restar importancia a las "malas" noticias - ha contribuido fuertemente a desarticular en su embrión los intentos por corregir el rumbo de los acontecimientos; esto es, principalmente los procesos de costoso ajuste en América Latina y de negociación con los bancos acreedores.

En este sentido, exactamente, es posible afirmar que se está en presencia de una crisis con "administración regulada". Los agentes influyentes la prensa, los gobiernos, las entidades financieras, los funcionarios oficiales del Norte y del Sur - enfatizan algunos logros como la reducción de los déficit de la cuenta corriente de América Latina en 1983; la caída en las tasas de interés internacional en 1986, o la expansión de las exportaciones a Estados Unidos en 1984; o la recuperación de algunas economías nacionales de América Latina, ignorando de paso la magnitud e intensidad de serios problemas subyacentes en cada caso. Recuérdese como en 1984 se decía que México estaba resolviendo sus problemas y era un ejemplo para el resto de la región. En 1986 se dijo lo mismo de Brasil, e incluso (sin mayor base) se llegó a decir que era un ejemplo de aplicación del Plan Baker. Los errores de interpretación y predicción han sido mayúsculos.

La crisis está siendo regulada también, en un sentido literal, por la vía de un conjunto de mecanismos que ciertamente escapan a la mera actuación del mercado. Ahí están los papeles desempeñados por comités de la banca acreedora, por el FMI, el Federal Reserve o el Departamento del Tesoro de EE.UU., o por el Banco Internacional de Pagos. En conjunto, esos elementos extraños a un mercado "libre" han contribuido notablemente a que la coyuntura no se tornase explosiva. Esto es sin duda positivo para la economía mundial, pero al mismo tiempo explica que la distribución de los costos de la crisis haya sido muy disímil, fundamentalmente en perjuicio de la parte mas débil. Lamentablemente, al mismo tiempo, ha servido para postergar la búsqueda de una solución efectiva. Ello resulta en definitiva perjudicial, no solamente para los países deudores, sino también para los segmentos no financieros de las economías de los países industrializados.

Predominio de lo financiero sobre lo productivo

En estrecha conexión con el punto anterior, otro fenómeno que ya hemos examinado antes con alguna profundidad¹, es el creciente predominio de las dimensiones financieras por sobre las productivas, en el manejo de las economías del Norte y del Sur. Tengo la certidumbre de que este puede ser el elemento distintivo del funcionamiento económico a partir de los años 70. Ello se percibe en diversas áreas, como ser en la fiscal y la cambiaria. A diferencia de lo que acontecía en el período precedente, el manejo de la política fiscal no está siendo influido ahora decisivamente por los gastos operativos: lo que parece ser más determinante

¹Este tema lo abordamos en el Informe 1985 del RIAL. Véase Maira, L. (comp.): EE.UU., América Latina y la economía internacional: algunos aspectos centrales en los años ochenta, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1986, y en Notas Técnicas N° 77, CIEPLAN, Santiago, Septiembre, 1985.

en la evolución del déficit fiscal, tanto en el Norte como en muchas naciones del Sur, es el gasto financiero resultante de la deuda pública acumulada. Esto revela la existencia de un problema estructural, cuya solución todavía no ha sido abordada. Lo mismo acontece con los tipos de cambio, que por muchos años han sido muy influidos por movimientos financieros, más que por los flujos reales de bienes y servicios.

Del mismo modo, se advierte también un predominio de las políticas de corto plazo. A diferencia de los años 60, época en que la consideración del mediano plazo influía decisivamente sobre la discusión académica y sobre la política pública en torno a programas de desarrollo productivo, la preocupación de los años 80 parece hacer pie, principalmente, en las políticas de corto plazo, que contribuyan a ajustes financieros. Asimismo, se limitan demasiado a la superficie de los problemas y a los desequilibrios. La distancia entre las implicaciones de una y otra modalidad es enorme.

Más recientemente, con una condicionalidad a la Baker, el enfoque ortodoxo ha retomado el mediano plazo, pero con un marcado acento en el *laissez faire*. Los programas que se discutían en los años 60 eran de una factura heterodoxa e incluían, por ejemplo, algunas grandes modificaciones estructurales, directamente vinculadas a los temas del desarrollo y a un rol activo del Estado. Los programas que se promueven ahora desde algunos gobiernos de países del Norte marchan exactamente en la dirección opuesta, puesto que aluden, por ejemplo, a temas como la liberalización total del intercambio comercial, de los servicios y de la inversión extranjera, y la privatización intensa de las actividades productivas y de servicio público.

Los cambios que se advierten en estas dimensiones están fuertemente influidos por el nuevo rol que desempeñan, en el Norte y en el Sur, algunos agentes y temas, como los bancos acreedores y la deuda externa.

El fenómeno no deja de ser perturbador. Un mundo movilizad desde la vertiente financiera - un sector que casi por definición es muy cíclico e inestable -, es tremendamente más volátil que un sistema que otorga el predominio a las dimensiones reales de la economía. Hoy, con el desarrollo de las comunicaciones, puede ser aún más volátil. La historia económica del mundo muestra que las fallas financieras y bursátiles han estado en el centro de las crisis grandes o medianas.

No obstante ello, hasta septiembre de 1987 no había indicios que anticipasen una vuelta a la cordura. Antes bien, las tendencias predominantes sugieren una progresiva acentuación del financierismo, situación que presagia una también progresiva acumulación de tensiones. Es cierto que, a diferencia de los períodos críticos de 1980 o 1930, en la actualidad la economía mundial dispone de algunos mecanismos para enfrentar las explosiones; entre ellos, cabe mencionar alguna coordinación internacional, aunque sea esporádica y/o limitada, y la existencia de ciertos foros y de entidades multilaterales; nótese de paso que todas estas instancias más favorables existentes en la actualidad están cubiertas por organismos asociados al sector público.

Hasta el momento, dichos mecanismos han servido para evitar estallidos, pero en la medida que no haya una rectificación profunda, reduciendo significativamente los desequilibrios y desactivando el exceso de financierismo, las tendencias vigentes involucran ir acumulando energía para dificultades posteriores. En efecto, las crecientes liberalizaciones financieras operan en la dirección de agrandar las "burbujas" existentes y de acrecentar la inestabilidad del sistema económico internacional. Un eventual terremoto, tenderá a afectar comparativamente más a los países débiles, con mayor apertura al exterior y con medios de defensa menos sistemáticos, a través de su impacto negativo sobre el intercambio comercial y sobre el financiamiento del desarrollo.

Expansión de las exportaciones

¿Existen en América Latina algunos signos de desarrollo productivo que eventualmente permitan neutralizar los riesgos de este desarrollo excesivo del polo financierista?

La respuesta no es fácil.

De partida, si se examina el comportamiento de las exportaciones, se advierten también algunos cambios significativos. Hasta 1980 se podía afirmar que, como factor líder de su inserción en el comercio mundial, el comportamiento de las exportaciones latinoamericanas estaba más asociado a la dinámica de la demanda externa que a la expansión de la oferta de exportables. Existía, por entonces, un dinamismo del comercio internacional que recibía progresivamente la respuesta de los nuevos países industrializados (NICs, en inglés) y también la de otros países en desarrollo, que exploraban embrionariamente los mercados de productos semi-elaborados y elaborados. La presión o arrastre de la demanda mayor que la oferta involucró mercados internacionales más receptivos y con precios más favorables para las crecientes exportaciones latinoamericanas.

La situación de los años 80 parece ser distinta, puesto que tiende a predominar la presión expansiva de la oferta. Los países en desarrollo han estado incrementando sus quantum de exportación, como parte de su proceso de ajuste frente a la crisis externa, fundamentalmente gracias al esfuerzo de un sector exportador que ha sido estimulado por la vía de los tipos de cambio. No obstante, el fenómeno ha coincidido con un persistente deterioro en los precios internacionales. Es un resultado que no sorprende, en cuanto una oferta dinámica frente a una demanda deprimida desemboca naturalmente en precios a la baja.

A pesar de la baja de los precios internacionales, gracias a las devaluaciones cambiarias internas, a los exportadores les resulta una actividad rentable (en términos de pesos, bolívares o cruzados). Sin embargo, es más discutible que a nivel nacional los efectos sobre los ingresos por exportaciones hayan sido igualmente positivos. Para completar un circuito virtuoso, en vez de perverso, se requiere un freno al proteccionismo en los países centrales y la búsqueda de acceso negociado a nuevos mercados, como ser al interior de América Latina.

Bajo la superficie, todavía, el incremento de los quantum de exportación ha obedecido, en estos años, a una combinación de al menos dos tipos de factores: el primero son las políticas explícitas de estímulo (tipos de cambio, incentivos pecuniarios) y el segundo son las recesiones internas. El peso específico de este último elemento es verificable: algunos recientes procesos de recuperación productiva en América Latina han afectado adversamente los volúmenes físicos de ciertas ventas al exterior.

La cuestión de los precios merece una mención especial. Hasta 1985 los precios nominales de exportación fueron afectados negativamente por un fenómeno de deflación general de los precios del intercambio expresados en dólares. La tendencia se ha revertido desde 1986. Así tenemos que, luego de un deterioro muy acentuado, estamos en presencia de una recuperación de los niveles de precios influida centralmente por la devaluación del dólar en el bienio reciente: los mismos precios en marcos o yenes son ahora mayores en su equivalencia en dólares.

El proceso de deterioro registrado en los años 80 no sería inquietante si no reflejara también un problema estructural, relativo al funcionamiento propio de los mercados internacionales. Si uno examina la composición de las exportaciones primarias de los países en desarrollo, entre 55 productos examinados en las Estadísticas Financieras Internacionales del FMI, sólo encuentra cuatro cuyos precios corrientes de 1986 superaban los registrados en 1980: papel, camarones,

cuero y pimienta negra. Los precios de los productos restantes eran sensiblemente inferiores.

Necesidad de una respuesta latinoamericana

Hay una tercera dimensión que influye fuertemente en las posibilidades de un nuevo modo de inserción de nuestros países en la economía internacional: la de los espacios políticos.

También aquí se advierte mayor estrechez que años atrás; mas limitaciones que en los años 70. No obstante, los esfuerzos que realizó Brasil hasta 1987 parecían demostrar que, a pesar de las enormes presiones que ese país recibía, había un margen de libertad para operar en una dirección distinta a la deseada por el Fondo Monetario Internacional o por la de algunos gobiernos de países industrializados.

Perú resulta ser otro caso interesante: las señales de independencia del gobierno de Alan García tienen lugar en medio de fuertes presiones, y de cortes en el suministro de créditos de algunas entidades. No obstante, logró reducir las transferencias netas a los bancos acreedores.

El desenlace de dichas experiencias estará influido por la persistencia de presiones externas, que se expresan frecuentemente con cierto desenfado. Pero, fundamentalmente, el desenlace final será también decidido por la capacidad para articular una estrategia interna. Ella debe ser capaz de movilizar concertadamente a los sectores público y privado, y de aparecer resolviendo, en forma eficaz y continuada, los problemas nacionales por la vía de un camino propio. Este no significa ni apertura indiscriminada ni autarquía, sino inserción selectiva.

Las posibilidades de un efectivo Dialogo Norte-Sur van a estar condicionadas externamente por la voluntad de dialogo y realismo que posean los enfoques predominantes en las naciones industrializadas respecto al Tercer Mundo. Por ahora, las posibilidades son limitadas, aunque de ninguna manera son inexistentes.

En el intertanto, los latinoamericanos tenemos una tarea muy intensa, sobre todo en la dirección de adelantar la elaboración y reflexión de propuestas alternativas sobre funcionamiento y orientación de la institucionalidad económica internacional. Mientras tanto, también es posible y muy necesario avanzar en la cooperación intrarregional y Sur-Sur.

Aunque se trata de un terreno abierto en muchas direcciones, quisiera mencionar tres áreas en donde ya existen las líneas gruesas de una trayectoria que es preciso ir afinando.

a) Reducción de las transferencias negativas. En primer lugar está el problema de la deuda externa. El tema se ha discutido bastante, y con razón, puesto que no sólo es el hilo conductor de la crisis en desarrollo sino, además, un elemento central en su superación². La modificación del cuadro de crisis pasa por la modificación del tratamiento del problema de la deuda.

Ahora bien, dentro de ese tema central habría que mencionar tres frentes: la relación con los bancos comerciales, la relación con los organismos multilaterales, y el asunto de los pagarés o conversión de deudas; este último está vinculado a los dos primeros, pero es un tema que adquirió cierta "vida propia".

En relación con los bancos, se ha discutido ya bastante el tema de la reducción experimentada por los suministros de fondos frescos. Ese parece ser un punto agotado por el momento. No lo es, en cambio, la eventual decisión unilateral de las economías deudoras en relación a reducir, deliberada y conscientemente, el pago de los servicios, y las correspondientes transferencias netas. Aunque formalizados públicamente se conocen sólo dos casos, ya hay cerca de una decena de países que están de hecho en este camino. Desafortunadamente, en general se trata de suspensiones traumáticas de los pagos, sin lograr una contrapartida de desarrollo interno, y sin la articulación de un programa coherente y con credibilidad. Es probable que el fenómeno de acciones unilaterales se intensifique ante un incremento de las tasas de interés por sobre los niveles registrados hacia fines de 1986; difícilmente los países deudores estarían dispuestos a aumentar sus transferencias.

Lo que se trata, no es de reducir el servicio por el afán de buscar una relación conflictiva con los acreedores. El propósito es, por el contrario, eminentemente constructivo. Lo que se procura es lograr poner en marcha los procesos nacionales de desarrollo, y esto es incompatible con las actuales transferencias negativas: hay países que están remesando al exterior el 25 ó 30 por ciento de su ahorro interno. Se trata entonces de reducir estas remesas a un nivel compatible con la formación de capital requerida para el desarrollo de la economía nacional.

²Diversas dimensiones del problema han sido abordadas, por varios especialistas en *Más allá de la crisis de la deuda: bases para un nuevo enfoque*, Ediciones CIEPLAN, Santiago, y Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1986.

Una actitud inflexible de los acreedores obliga a los países deudores a tratar de movilizarse, explorando fórmulas más eficientes, coordinando tácticas, anuncios, consultando cómo se negocia, conversa o informa a las partes. Un punto interesante en especial es el de los espacios que es posible abrir para una relación diferenciada con los acreedores de Japón, de Europa y Estados Unidos.

Al margen de cómo se haga, la decisión es crucial si se trata de estimular un proceso de recuperación de los niveles de inversión en América Latina. Dichos niveles se han deteriorado fuertemente en estos años, fundamentalmente por dos motivos que se refuerzan recíprocamente: 1) porque las economías de la región se han mantenido en un estado recesivo, y 2) porque se han estado transfiriendo al exterior una gruesa proporción de los recursos. La reversión positiva de ese proceso pasa, desde luego, por la formulación de estrategias nacionales de desarrollo que privilegien la inversión y la rearticulación de los procesos productivos.

La relación financiera con los organismos multilaterales también requiere ajustes. En general, las transferencias de estas entidades tuvieron un saldo positivo para la región en los años desde la crisis de 1982. En efecto, los préstamos netos han resultado mayores que los pagos de intereses. Ahora existe el riesgo de que, como producto de la amortización de los créditos obtenidos en el período 1982-1987 (usados luego en parte para pagar a la banca acreedora), los países deudores se vean envueltos rápidamente en una espiral de transferencias negativas de recursos hacia estos organismos. Ello ya ha sucedido con el FMI.

En contraste con lo anterior, América Latina requerirá más financiamiento y no uno menor de las entidades multilaterales.

En otros términos, lo que está comenzando a suceder es que para obtener un monto idéntico de recursos netos, ahora la región requeriría préstamos brutos muy superiores. Ello involucraría entonces más préstamos por proyectos, o préstamos de ajuste estructural más voluminosos, para así mantener el flujo neto. La necesidad de montos brutos mayores, aunque los préstamos netos sean poco significativos, ofrece el peligro de que pueda expresarse en una condicionalidad aún más estricta e inflexible que la actual. El tema merece un análisis respecto de la estructura de los vencimientos, tasas de interés y plazos, y por supuesto sobre la condicionalidad.

Por último, en relación con los pagarés y mecanismos de conversión de la deuda externa, sólo una breve reflexión. Se trata de un nuevo canal a través del cual los bancos acreedores están tratando de liberarse de sus problemas, mediante el reemplazo de una mala cartera por un activo aceptable o francamente bueno. El sistema, salvo que se opere con descuentos sustanciales en favor de las naciones deudoras, dificultará a futuro, en vez de facilitar, una solución global del problema de la deuda. En efecto, la conversión es una forma de prepago de la deuda, con utilidades y principal que son remesables al exterior en un plazo cercano.

La solución de la crisis, en cambio, requiere la prolongación de los plazos de pago, el castigo parcial de los niveles de la deuda y la reducción de las tasas de interés. Pero, adicionalmente, la conversión puede generar un nuevo problema, al tornarse en un mecanismo muy peligroso de desnacionalización de las empresas existentes y de desarticulación de nuestras economías³.

b) Exportaciones y comercio intrarregional. En segundo lugar está el tema de las exportaciones. Es indudable que, si se desea promover un eficiente desarrollo productivo de las economías latinoamericanas, las exportaciones tendrán que crecer. Eso plantea algunos problemas específicos. En el contexto de un mercado mundial significativamente poco dinámico e inestable, parece improbable que haya espacios para incrementos sustantivos del orden del 7 o el 8 por ciento en el quantum anual de las exportaciones regionales, que sean al mismo tiempo compatibles con precios de venta remunerativos. En consecuencia, el necesario esfuerzo exportador de América Latina debe comprender negociaciones de intercambio en todo el ámbito de comercio "administrado" que existe en los mercados internacionales.

En el ámbito de la inserción selectiva, deben explorarse las posibilidades del comercio intrarregional. Curiosamente, el intercambio en este espacio propio ha sido más intensamente afectado que las relaciones comerciales con el exterior en este período. Las exportaciones recíprocas se redujeron en casi un 40 por ciento respecto del máximo alcanzado en 1981.

La situación recoge los efectos de las recesiones internas, de las eliminaciones de algunos márgenes de preferencia y de otros mecanismos igualmente inhibitorios que es preciso empezar a revertir. Y hay un amplio espectro de posibilidades en este terreno, a partir de recuperar aquel intercambio que existió antes de la crisis.

³El tema general lo examinamos en "Debtequity conversion: a view from the LDC's", The CTC Reporter, United Nations, Nueva York, primavera 1987, y en "Conversión de la deuda externa en Chile", Colección Estudios CIEPLAN N° 22, diciembre, 1987.

La ocupación cabal de ese espacio puede alentar los procesos de rearticulación productiva que requieren nuestros países, por la vía de estimular la inversión en áreas específicas, para las que se cuenta con mercados sustanciales dentro de la región.

c) Condicionalidad concertada y constructiva. En tercer lugar, está el tema de las condicionalidades, que será también un aspecto muy presente en nuestras preocupaciones futuras. ¿Cómo hacer para lograr un sistema de condicionalidades constructivas; como obtener que los países del Norte suscriban una visión más equilibrada del funcionamiento de las economías en desarrollo, y respeten una perspectiva de mas largo plazo y de desarrollo integral?

Ese es un tema abierto que demanda reflexión, la organización de esfuerzos Sur-Sur, y la búsqueda de aliados en el Norte, que los hay. Por de pronto, hay que consignar que las condicionalidades que atropellan la soberanía de una nación, o que obstruyen su desarrollo, son ilegítimas. Hoy esos rasgos están presentes en parte de las condicionalidades impuestas a las naciones deudoras.

Por último, probablemente, el abordaje sistemático del tema de una rearticulación productiva, que priorice la economía real por sobre el financierismo, llevará al debate de una necesaria reorganización de los sistemas financieros nacionales e internacionales en el próximo futuro, en función de condicionar su desempeño a los aportes concretos que puedan realizar en la tarea del desarrollo.

Referencias

- *Maira, L., EEUU, AMERICA LATINA Y LA ECONOMIA INTERNACIONAL: ALGUNOS ASPECTOS CENTRALES EN LOS AÑOS OCHENTA. - Buenos Aires, Argentina, Grupo Editor Latinoamericano. 1986; Debtequity conversion: a view from the LDC's.
- *Anónimo, NOTAS TECNICAS. 77 - Santiago, Chile, CIEPLAN. 1985; Conversión de la deuda externa en Chile.
- *Anónimo, MAS ALLA DE LA CRISIS DE LA DEUDA: BASES PARA UN NUEVO ENFOQUE. - Santiago, Chile, Ediciones CIEPLAN. 1986;
- *Anónimo, THE CTC REPORTER. - Nueva York, U.S.A., United Nations. 1987;
- *Anónimo, COLECCION ESTUDIOS CIEPLAN. 22 - 1987

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 96 Julio-Agosto de 1988, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.